1. CONFERENCIANTES INVITADOS

UNA LENGUA ENTRE DOS MUNDOS

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

A propósito de la exposición de algunos textos aljamiados en la Biblioteca Nacional en la primavera de 2010, escribí en su catálogo un pequeño artículo en el que, en resumen, venía a decir, porque pienso que así es la verdad, que autores moriscos españoles escribieron en caracteres árabes una lengua castellana, que era la lengua del tiempo, como podemos comprobar por los escritos de autores cristianos, y se convirtió en una lengua preservada, y tanto, que, como también escribía allí, era la misma lengua que yo he oído y todavía oigo en ámbitos no letrados. Es decir, que, como escribía entonces, "de estos textos aljamiados, dejando de lado las soberanas o delicadas imágenes poéticas que se dan en muchos de ellos, se ha levantado en mis adentros, una vez más, un habla que yo he oído en mi infancia y adolescencia, y que ha venido desapareciendo, porque ha sido desplazada tanto por la formalización de la lengua que necesariamente llevan consigo tanto el estudio y su construcción conforme a reglas que van estructurándolo por lo menos desde finales del siglo XV, como los imperios y desteñimientos que sobre el castellano se han privilegiado a sí mismos como lenguajes socialmente preferentes: desde la latinización del español que da lugar a los culturalismos en el siglo XVI, al francés en el XVIII o al inglés de los Estados Unidos de hoy y sus fonéticas mostrencas entre nosotros, e incluso el triste lenguaje ideologizador que se llama 'lo políticamente correcto' que está igualmente destrozando ese habla".

Como va de suyo, el imperio del latín en las clases cultas estuvo destiñendo mucho tiempo sobre el lenguaje hablado y escrito, incluso en niveles populares, aunque solamente fuera porque el lenguaje de la enseñanza imponía, como es lógico, la lengua culta. Y esto es lo que ocurre, por ejemplo con el caso del adjetivo "ulcerado", que es un cultismo latino, y ulcerado se dirá de quien a consecuencia de una dilatada postura de "decúbito supino" tiene llagada su espalda; mientras que las gentes dirán que esa espalda está "encetada" o "encentada",

es decir, abierta y con grietas o heridas dolorosamente encendidas, que es un lenguaje más vivo, carnal y verdadero, que nos hace sentir casi físicamente lo que dice. Esto es, se trata de un lenguaje distinto al merammte comunicativo o puramente instrumental, que Martin Heidegger llama un habla "ahí-a-la-mano", y se sitúa como diverso o, más bien, en una situación polar en relación con el lenguaje popular que arrastra la lengua y los sentires de siglos de los hombres y los dioses, según Jacob Burkhardt. Por la sencilla razón de que son el lenguaje culto y el meramente instrumental los que sufren las transformaciones históricas que son continuas, y nuestro lenguaje de hoy, por ejemplo, tiende cada vez más a la abstracción y al encubrimiento de la realidad, o a su sustitución por enunciaciones no racionalizables, pero tampoco metafóricas, sino puramente tautológicas.

Pero volvamos un instante al lenguaje popular que tiene caracteres esenciales –y dos de ellos polarmente opuestos a los de los lenguajes a los que acabo de referirme: su capacidad para nombrar con justeza, llamando a las cosas por su nombre, y la evicción total de los abstractos–; más otras dos caracterizaciones muy obvias: una sintaxis en cierto modo desordenada, si la vemos con ojos gramáticos analíticos, pero que en realidad tiende a la cantilenación o musicalidad, y un cuarto carácter o calidad, que es que tal lenguaje popular echa mano de la figuras retóricas y precisamente de la más intensa de todas, que es el símbolo, ya que éste, en sentido estricto, descubre totalmente la realidad de lo que es y tiene un valor universal.

Creo que fue por los años setenta, cuando se dio, en nuestro país, un terrible crimen rural, que podríamos decir que llegó a alcanzar unas proporciones de tragedia griega: unas personas, entre ellas una mujer anciana, perecieron en una casa a la que se prendió fuego intencionadamente, y pasado un tiempo el hijo de aquella anciana mató a nueve personas que supo que eran las responsables de aquel tremendo incendio en el que había perecido su madre. Tuvo que responder ante los tribunales, como es natural, de sus nueve homicidios calificados, y, cuando fue interrogado, en el momento de las alegaciones tras la sentencia, según prescribe la ley, este campesino iletrado explicó la razón de su conducta diciendo que, durante seis años, y allá dentro en su corazón, la figura de su madre había estado retorciéndose de dolor como un sarmiento en llamas hasta que a él se le había hecho imposible resistir a la vindicta. Y, desde luego, ni el psiquiatra, ni el fiscal, ni los abogados descubrirían ni nombrarían de manera tan exacta lo que realmente había ocurrido.

Y comprobamos, en efecto, que se trata de una imagen soberbia, shakespeariana o bíblica, que sin duda es un símbolo, que puede ser enunciado por cualquier ser humano, porque expresa de un modo que nace de la experiencia y nombra el ser mismo de las cosas –es decir, de un modo que podríamos llamar ontológico– una tan atroz realidad, como se hace cuando alguien dice que se encuentra "en una agonía, en una noche, o en un pozo" para mostrarnos carnal y materialmente,

como "in re", su situación de angustia y de encerramiento de un sufrir sin fácil o ninguna salida.

En un importante estudio de Mrs. Susana Pendzik, "Images of the soul. An Archetypal Analysis of The Interior Castle by Teresa de Ávila", además de solucionar probablemente un problema crítico como el de las hipotéticas o eventuales influencias sobre las que Teresa de Ávila levanta la imagen de un castillo interior en el alma, nos alecciona sobre el poder de una imagen universal, como es la del símbolo en todas las culturas.

La Sra. Susana Pendzik, tras realizar un estudio de las religiones y espiritualidades comparadas, llega a la conclusión de que imágenes como las del pozo y la noche, por ejemplo, son imágenes suministradas por la experiencia sensorial y psíquica común a todos los hombres, desde siempre y en todas partes, para expresar sus propias agonías. Por otro lado, en las distintas culturas orientales y occidentales estudiadas, la imagen de un castillo de cristal y como de diamante con sus diversas moradas, pertenece a la expresión del anhelo de una intimidad como la del "hortus conclussus" o morada más íntima del ánima, y de su sueño; y el místico las levanta para expresar su mundo.

La utilización del símbolo es absolutamente espontánea, y no se atiene a una elaboración intelectual y literaria como la alegoría; de tal manera que un niño –e igualmente un escritor o un poeta– puede derivar la imagen de un castillo, o de un cuatrimotor, del dedal con que cose su madre, pero nadie podría rastrearlo más tarde; sólo interpretarlo, como mucho. Tal y como el propio Sigmund Freud dejó claro, el psicoanálisis no puede hacer nada "para dilucidar la naturaleza del don artístico, ni puede explicar los medios por los que trabaja el artista, la técnica artística", ni tampoco el habla popular, que es de la misma naturaleza, como acabamos de comprobar con la construcción del símbolo del sarmiento en llamas y retorciéndose de la historia invocada. Y todo el mundo puede haber advertido que en un determinado momento, en una conversación, si nuestro interlocutor es alguien muy sencillo y sin letras, puede decir, exactamente como Teresa de Ávila: "a esto llamo yo" o "como yo digo", construyendo a renglón seguido la imagen de la que venimos hablando. Esto es, el lenguaje popular no especula ni racionaliza; no es abstracto, sino concreto, que es, al fin y al cabo, lo que hace un libro como la Biblia, que nace no en un ámbito especulativo y racional, sino inmerso en la realidad de lo humano, y en un mundo como el judaico. Por poner un solo ejemplo, en su primera página, para definir la consistencia del mundo, escribe la palabra *hevel*, que equivale a "humo, neblina o vapor de agua"; mientras que la traducción griega de "los Setenta" que luego pasará al latín y al español mismo, dirá *mathaiothes*, que significa "vanidad", palabra que es un abstracto, una noción moral.

Y exactamente se trata de esto: sólo el habla popular o el lenguaje literario y poético, tal y como se ha entendido hasta ahora, utilizan símbolos, y evitan o más

bien son incapaces de utilizar un lenguaje abstracto, buscando por el contrario lo que nombra verdaderamente, y transmite lo real.

Hay todavía otra página bíblica en la que se narra que al año siguiente de morir el profeta Eliseo, entraron varias guerrillas moabitas en el país, "y sucedió que al tiempo que llevaban a enterrar a un hombre, divisaron una guerrilla y arrojaron al hombre en la sepultura de Eliseo, y se marcharon. En cuanto aquel hombre tocó los huesos de Eliseo, resucitó y se levantó en pie" (2 *Reyes*, 13-21). Y es Juan de la Cruz, por cierto, quien trae a colación esta historia, a propósito de cómo deben ser de vivas y verdaderas las palabras del orador sagrado (pero en realidad se trata de todas las palabras) para que levanten vida. Y me parece que es lo que ha pretendido subrayar Martin Buber al evocar la tradición judaica del narrar, contando a su vez una historia, según la cual un rabino cuyo abuelo había sido discípulo de Baal Shem Tov le pidió a este su abuelo, que era paralítico, que le contara una historia de su maestro, y entonces su abuelo contó que el santo Baal Shem Tov solía cantar y bailar mientras rezaba. Y mientras contaba esta historia lo hacía también él, el paralítico, cantando y bailando, y "así es como deben contarse las historias", dijo finalmente. Esto es, con las palabras justas, que nombren verdaderamente, porque son las palabras las que dan el sentido, y no al revés, como dice Pascal, y no en el lenguaje fabricado y vacío en el que se buscan y escogen las palabras como "los pesadores de oro", decía también, porque así a las palabras *se las hace decir*. Y éste es el lenguaje retórico, convenido o de academia, que el maestro Fray Luis declara ignorar

En su proceso inquisitorial se nos ofrece una situación paradigmática a este respecto. Un testigo de cargo le reprocha, en efecto, que en sus traducciones y explicaciones de cátedra utiliza un lenguaje no culto y pegado al vocablo latino, sino que escoge siempre el vocablo utilizado en el lenguaje hablado; y entonces el maestro Fray Luis se defiende, contestando al testigo que él ha traducido el texto hebreo como es, y "ansi que a éste el texto le offende y yo, ya que le puse en romançe, no pude escusar de offendelle, porque no tenia otros vocablos con que romançar oscula, ubera, amica mea, fermosa mea y lo semejante, sino diziendo besos y pechos, y muy amada, y mi hermosa, y otras cosas ansi, porque no se otro romançe que el que me enseñaron mis amas, que es el que ordinariamente hablamos, que a saber el lenguaje secreto y artificioso con que éste mi testigo y sus consortes suelen declarar sus conceptos, usara de otros vocablos más espirituales".

Y la ironía está servida, pero en su libro *De los nombres de Cristo* desengaña al testigo y a "los que dicen que no hablo en romance", que este hablar no es cualquier cosa "sino negocio de particular juicio, ansi en lo que se dice como en la manera como se dice; y negocio que de las palabras que todos hablan elige las que convienen y mira el sonido de ellas, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con armonía y dulzura".

Es decir, fray Luis señala sencillamente que el lenguaje verdadero es el que le enseñaron sus "amas", esto es, las criadas de casa de su madre, el que hablaban las gentes que aunque no letradas habían heredado o aprendido el buen hablar, y no "el artificioso" de algunas de las gentes académicas e ilustradas.

Fray Luis, al igual que Vives, entiende que la lengua romance, tal y como se habla, no sólo puede expresar perfectamente toda serie de conocimientos y, desde luego, hacerlo de manera privilegiada, sino que ofrece la única manera de expresión en el caso de tratar de hablar de la existencia humana y de narrar las historias de los hombres –su aventura humana, en suma.

Pero por razones exclusivamente de presión de la cultura del tiempo, ese lenguaje de las gentes fue pronto de "no recibo", o se minusvaloró e incluso despreció; pese a ello, funcionó admirablemente tanto entre cristianos como entre judíos y moriscos, en las obras literarias. Así se ve, por ejemplo, en los primeros procesos inquisitoriales, anteriores a una normativa formal procesal de los últimos años del XV y primeros del XVI; podemos comprobarlo en las "Testigüanzas" del Tribunal Inquisitorial de Sigüenza, que son una especie de contestaciones conversacionales a una encuesta, llenas de ingenuidad, encanto, malicia o melancolía.

Quevedo hizo la gracia espesa de reescribir el Padrenuestro como supuestamente lo diría un islámico falso converso, pero en pleno siglo XX se redacta todo un catecismo pensando en gentes de condición humilde que hablan el castellano más bien con defectos fonéticos exactamente como Quevedo, pero sin admirar la justeza de las mismas expresiones y palabras defectuosas.

Este asunto del habla carnal y verdadera frente al lenguaje culto o el lenguaje oral formalizado, es un asunto que es de todas las lenguas, pero siempre ha tocado muy especialmente a la cultura española, primero con respecto al latín, más tarde respecto al francés, y ahora respecto al inglés americano. Pero esta vieja cuestión se perpetúa entre nosotros hasta nuestros días, de un modo simétricamente contrario a lo que sucede, pongamos por caso, en Inglaterra, donde las gentes de las capas sociales más humildes hablan el *cockney* y, desde luego, no entienden fácilmente ni a Shakespeare, ni la Biblia del Rey Jaime. Pero entre nosotros, son esas mismas capas sociales las que, puestas a leer al propio maestro Fray Luis, a Teresa de Jesús o a Cervantes –e incluso a otros autores más barrocos o redichos– no precisan ninguna clase de notas explicativas de las antiguas palabras y modismos y sintaxis, mientras en el ámbito universitario y de las clases más educadas ya no se habla, ni se escribe, ni se entiende el castellano que aquellos escriben. Y, desgraciadamente llega a ocurrir esto mismo con algunos anotadores de estos textos clásicos, y prefiero no ejemplificar.

Por lo pronto, puedo decir lo que es una experiencia propia de quien ha hablado de literatura en ámbitos universitarios y de enseñanza media especialmente, pero a la vez también en ámbitos de escolarización adulta. Habiendo leído textos literarios antiguos –pongamos por caso Cervantes, Santa Teresa o Fray

Luis– en estos dos universos escolares tan distintos, lo que ha sucedido repetidas veces –tantas cuantas he hecho el experimento, si me permiten llamarlo así– es que ha habido que anotar verbalmente los significados de muchas palabras y giros sintácticos o dichos ya hechos en los ambientes educativos medios y superiores, pero no entre gentes analfabetas que comenzaban a leer, y que quedaban sorprendidas de que sus despreciadas palabras estuvieran escritas por gentes importantes y hacía muchos años. Y resulta así para estas gentes una de las experiencias más inesperadas y gratificantes, y como un encuentro con un nuevo sentido de su dignidad.

El caso es que el castellano popular es, sin duda, y ahora mismo, una lengua que nombra más exacta e intensamente que la lengua culta, por la sencilla razón ya apuntada de que aquella está más apegada a la realidad concreta y material y a su experiencia; y la lengua culta, pero también la lengua instrumental oral u o escrita, aparece cada día con más adherencias de formulaciones técnicas o del lenguaje político y de las llamadas ciencias sociales, para nombrar, como digo, más bien realidades construidas y meramente nominalísticas o formalizadas y personificadas que realidades reales.

En los universos del mundo rural y en el de las clases socialmente más bajas de la ciudad perdura de algún modo el viejo español, y es difícil pronosticar cuál vaya a ser el destino del habla de estas gentes, que es el español, sencillamente. Las transformaciones sociales y los medios de comunicación tienen una muy escasa influencia en los ámbitos rurales, por ejemplo, y cuentan en ese universo mucho más en tanto que propaganda comercial, y sólo quienes podríamos llamar "semiletrados" o "cuarentavos de semiletrados" utilizan la jerga político-social de moda y son sensibles al lenguaje políticamente correcto, aunque hagan una cosa u otra sin saber por qué, ni cuál es el alcance de su significación. Y de este modo se está en la más peligrosa de las situaciones en cuanto a pérdida o vaciamiento de la lengua.

Vaya por delante, sin embargo, algo que no parece tan obvio, pero que debiera serlo, y me refiero a que el lenguaje del universo campesino o de clase social humilde y sin estudios que invoco, no tiene nada que ver con lo que se llama lenguaje rural, incluso por parte de críticos literarios, y que no es más que una "lengua de disciplina", como se decía en el XVI de la lengua específica de los oficios, el de la agricultura en este caso; exactamente como lo es el lenguaje de la medicina o la ingeniería, la mecánica o la electrónica, que, lógicamente, también tienen sus propios lenguajes de disciplina. Pero, si me he referido tan privilegiadamente al lenguaje popular, ha sido pensando en el español de siglos que aún sigue usándose para las relaciones personales, familiares y sociales, y para nombrar el mundo en general, y no pensando en ningún momento en esa lengua de oficio agrícola.

Por lo demás, la escuela siempre enseñó a hablar un lenguaje distinto y mínimamente cultivado, en sus diversos planos de enseñanza; pero se sobreentendía que era un lenguaje para la expresión del saber o de la relación social especial, que no abolía el lenguaje materno y usual. Lo que ha pasado después, y cada vez con mayor intensidad, es que este lenguaje carnal y verdadero, como en el caso de los señores inquisidores de Fray Luis, ha venido siendo desautorizado, y lleva una vida como clandestina y que muchos piensan que su final de se acerca. Y hasta se habla de un lenguaje pre-moderno; y no parece muy exacto porque, por lo menos, ha sobrevivido ya a la segunda modernidad de entreguerras, y no está escrito que no sobreviva a esta nueva edición de ella, cuando se trata de hablar de nuestra existencialidad real, sin psicologismos de sustitución.

Porque, resulte de este asunto lo que sea, no me parece en modo alguno que tenga mucho que ver tanto con las cuestiones culturales de la modernidad y la globalización, que ciertamente pueden ser fatales para todas las manifestaciones humanas existenciales singulares y libres –ya que se parte de que el hombre no tiene naturaleza ni yo, sino que es sólo historia y, por lo tanto sólo política–, ni tampoco tiene que ver de modo entitativo con la corrección política, que es tan antigua como que ya fue formulada por Tucícides, por ejemplo, a propósito de los terribles sucesos de Corcira, como la invención de una gramática para encubrir lo que no debe ser llamado por su nombre por conveniencias de dominación política, o como para condicionar transformaciones de la realidad que se proyectan.

El problema, a mi entender, tiene mucho más que ver con el agresivo imperialismo de la tecnicidad, que también llega al pensamiento, la escritura y la palabra. El gran crítico norteamericano, recientemente fallecido, Alfred Kazin, al enfrentarse con el hecho de la nueva crítica, hace unos cuantos años, dejó caer que lo que significaba era que mientras la ingeniería florecía la literatura agonizaba; pero tratándose de la lengua y de la transmisión del lenguaje y del conocimiento, me parece extraordinariamente perspicaz la palabra de Günther Anders, que en su obra *La obsolescencia del hombre*, cuando analiza el hecho de que nuestra palabra carnal y verdadera, el viejo lenguaje que arrastra material de siglos, no cuenta, sino que de hecho ya no la necesitamos e incluso se nos prohíbe de hecho, porque se nos da el lenguaje autorizado y progresado, como la moneda legal exactamente. Y para la explicación de esta su tesis nos cuenta una historia infantil: "Como al rey le gustó poco que su hijo, abandonando las calles controladas, fuera de aquí para allá para formarse un juicio propio del mundo, le regaló un carruaje y un caballo: 'Ahora ya no necesitas ir a pie'. Su sentido era: 'Ya no te está permitido hacerlo'. La realidad efectiva: 'Ya no puedes hacerlo'."

Es decir, si la realidad es entitativamente cambiada o se prescinde de ella, prefiriendo vivir en el nominalismo oficial y burocrático, no podrá ser nombrada sencillamente, y ya hoy mismo muchas cosas no pueden serlo, y otras desaparecerán de la realidad misma, como siempre ha ocurrido. Y todavía una

tercera posibilidad es que la cosa no haya desaparecido y prosiga ahí, pero al cabo de no mucho tiempo se utilice una absurda perífrasis o nombre prefabricado para nombrarla, como, por ejemplo, el "reposapiés" siempre se llamó "escabel", y la "falleba" que cierra la ventana se llama ahora "pasador", que es algo bien inconcreto y lleno de equivocidad, por cierto.

Parece que las gentes seguirán hablando aquel español heredado de Cervantes o de Teresa de Jesús, Luis de León, o Solís, todavía durante algún tiempo; pero bien puede ser que la influencia de la escuela y de los "media", que ya hablan una lengua formalizada que no nombra y es puro lenguaje instrumental comunicativo, se extienda más y más y, una vez que las viejas generaciones pasen, ya no se vuelva a oír aquel español. Aunque con la lengua, que es cosa de las gentes, y no de los filólogos, y mucho menos de los políticos y sus correcciones, nunca se sabe lo que puede pasar. Pueden darse grandes sorpresas.

¿Qué pasará mañana? Pienso, en cualquier caso, que, por mal que vayan las cosas para la lengua no instrumental, no le ocurrirá lo que a la lengua de Varlam Shalámov, que olvidó totalmente al no poderse expresar en lenguaje espontáneo y verdadero, y tener que utilizar necesariamente el lenguaje instrumental del campo de concentración de Kolymá en el que estaba recluido. Al final, sin embargo, fue capaz de recordar su lengua, la reconstruyó con mucho esfuerzo, según iba necesitando los vocablos y los giros sintácticos, y escribió sus maravillosos cuentos. Ésta es mi esperanza al menos, y éste es también un tiempo de espera para todos los que amamos esta lengua española; y seguramente todos nosotros haremos todo lo posible para que no sea asimilada a un "koiné" de tecnicidad global y no significativa de humanidad alguna.